



(El hombre de nieve.)

**DOCUMENTO CURIOSO.**

Cuando en el infeliz reinado de Felipe IV procuraba su desconcertado gobierno arbitrar medios para hacer frente á las grandes necesidades y apuros que él mismo había creado, al tiempo que adoptaba las medidas mas empíricas, insuficientes y perjudiciales para conseguir aquel fin, trató el monarca de contribuir al desempeño del erario disminuyendo los gastos de su real casa y familia, y para ello es-

pidió el decreto que por ser documento curioso copiamos á continuación:

«El empeño en que hallé las rentas de mis reinos quando entré en ellos, y las grandes ocasiones de gastos que se han ofrecido despues até con haberse acabado la tregua de Flandes y haber sido necesario crecer mis armadas por los muchos enemigos que andan en la mar, y acudir á Italia, y Alemania, y otras partes precisas, y la falta de hacienda que hay para tantas cosas, ha obligado á poner todos los medios posibles para tenerla, y siendo uno dellas la reformation de los  
12 DE OCTUBRE DE 1651.

razos que no fuesen precisos, para poderlo disponer mejor, ha tenido por conveniente empezar por mi casa, y así he resuelto que se reforme en ella lo siguiente:

«Con vuestra persona no se ha de hacer novedad ninguna; pero queda asentado, que los que os sucedieren en el oficio de mayordomo mayor no hayan de tener mas de un quento de maravedis de salario, y los emulmentos que hoy gozais.

«Que de aquí adelante no haya mas de cuatro mayordomos, y que de los que hay hoy nombrados queden los cuatro mas antiguos con sus gages y emulmentos. Y los demas por haber ya empezado á servir lo continen; pero ha de ser sin sueldo, con sola la casa de aposento, y escócese el plato de manjar blanco unos dias, y otros de arroz, y las veinte libras de nieve que se dan á los mayordomos, que no lo han de llevar, ni los que tienen salario ni los otros, ni tampoco se ha de dar á otro algun oficial de los que agora le llevan.

«Los gentiles hombres de mi boca han de ser cincuenta, y se han de ir consumiendo los que vacarán hasta quedar en este número: y estando ausentes en ninguna manera han de llevar salario, aunque sea con licencia.

«Que haya cuarenta gentiles hombres de la casa y no mas. Y si agora hubiere mayor número se vayan consumiendo hasta quedar en este.

«Ha de haber dos *partet servants* y no mas.

«Que no se añadan costilleros, y estas plazas han de quedar reservadas para los que salieren de pajes.

«Que haya veinte y cuatro pajes, que es el número que ha habido estos dias.

«Que en la paneteria haya un gefe, dos ayudas y un mozo, como solia en tiempo de mi abuelo, y llenen las mismas raciones en la calidad y cantidad que solian entonces, escusándose todo lo que escudiose desto en cualquiera manera. Y lo mismo se entienda respecto de los emulmentos que llevasen otras cualquier persona de este oficio.

«En la fruteria ha de haber un frutier y un mozo como en tiempo de mi abuelo y con los mismos salarios. Todo lo demas se ha de reformar, y las sesenta y ocho libras de fruta que se dá cada dia á diferentes personas por nueva introduccion.

«En la Cava se escusará el mozo entretenido y el aguador, y en su lugar podrá haber dos mozas que lleven á los oficios lo que fuese menester, y supliran en las jornadas con gages de entretenidos, y se escusará el vino de los almuezos.

«El veedor de viandas no llevará de aquí adelante lo que llaman frescos. En la cocina se escusarán dos mozos: y de aquí adelante de dar plato á nadie, como no sea de camino.

«En el guarda-mangel se escusará lo que llaman frescos, y las raciones de las viudas y reservadas se reduzgan á cuatro ducados, y una hanega de trigo al mes. Y el guarda-mangel no se traerá mas ternera, que la que viene de Aranjuez: y cesará lo que hubiere añadido en las raciones.

«En la ceteria se escusará un mozo, y el llevar el gefe la cera de las sobras por ser introduccion, y el sumiller de corps no lleve las setenta hacias que suela.

«En la botica se reduzgan al número de los oficios al tiempo de mi abuelo y el salario del boticario á trescientos ducados, y los ayudas á cincuenta, y los mozos á ciento.

«En la tapiceria se escusa un ayuda, y un mozo que hay ademas, y en vacando este oficio se junte con el de aposentador de palacio como solia.

«En la caballeriza será la reformation, como tengo ordenado, que montará mas de veinte mil ducados.

«Gentiles hombres de mi cámara habrá ocho, y á este número se reducirán como fueren vacando; dáránseles ocho platos de comida en su estado; y á los ayudas doce reales á cada uno cada dia, y quitaros de su estado.

«Al maestro de la cámara le cesarán los cincuenta reales cada mes de la ensalada y las conservas del dia de ayuno.

«Al contraloor, el fresco, la pasteleria, lirino, manjar blanco, ensalada y conservas y de camino se le darán dos asados, y un cocido y para cenar dos cosas, y no tome nada de los oficios.

«Al greñer le cese lo que llaman fresco y entenderás con Ramiro de Cabalza reservado.

«Con los médicos de cámara se escusen las colaciones de los dias de ayuno; y sangradores librá solos dos con cien ducados de salario cada uno, y sin racion, y serán Luzano y Fuentes.

«Ofiteres de cámara se reducirán á ocho como en tiempo de mi abuelo, y los purteros de saleta y de palacio á seis.

«Los dos *sayt-ayudas* de la forrlera se escusarán, y los treinta *maravedis* que se dan cada dia á todos los ofitjes para leña.

«Los aposentadores de la casa de Borgoña, que son hoy ocho del libro y once de camino, se reducirán á cuatro del libro y ocho de camino.

«A la guarda de armeros se le añadió el año de 1389 salenta *maravedis* á cada uno con que tuviesen caballos: el año de 1600 se permitió que no los tuviesen sin quitarles los añadidos: reduciránse á lo antiguo, sin es en las jornadas, que llevarán lo que hoy, y quedo con cuidado de tener camiao en jubilaciones, y á los que se jubieren bastará dártes tres reales cada dia.

«Al teniente de la guarda española, que tenia doscientos ducados al mes, se le doblaron, y al alferes se le añadieron quince reales, reducirás esto á la primera cantidad.

«Los dos reales que se dan en la acemillera, á los recompensados será uno como solia.

«Los sueldos que hubiere duplicados se reformarán.

«Enterese con cuidado de que se paguen los salarios prontamente para que gozándolos á su tiempo puedan comer con comodidad en lo mismo que sirven.

«Reducidas las cosas á este estado tendrán mejor disposicion para el ejercicio de estos oficios; y se ahorra mas de sesenta y siete mil y trescientos ducados en cada un año, hareis que así se ejecute. En Madrid á siete de Febrero de 1624. Al duque del Infantado.»

Copia de la Orden, que S. M. envió al Sr. conde de Benavente mayordomo mayor de la reina nuestra señora.

«Habiendo mandado reformar mi casa cumpliendo con lo que pide el estado de las cosas, y otras razones, he resuelto reformar tambien la de la reina porque militan las mismas, y he ordenado lo siguiente:

«Que el gasto del estado de las damas se reduzga á seis platos á comer, y cuatro á cenar: pues de ordinario comen pocas en él y bastaran cuando fueren mas.

«A las dos criadas, que tiene cada dama se les dé racion cuatro panecillos, dos libras de carnero, y cuatro onzas de tocino, y á las de la cámara de la reina; lo mismo que se les dá á las del Infante mi hermano y á las unas y á las otras se les haze cuando van á la enfermeria: con que correrá todo mejor, y con mas comodidad.

«A vos se os dan un quento de gages, y otro de extraordinario por el plato, y he entendido que tambien agora llevais el plato; y monta de seis á ocho mil ducados: escusareis el llevarle, pues se hizo con el conde de Alba de Liste, duque de Besa, marqués de la Legaña; y en mi casa con el duque del Infantado, y marqués de Volada, y con vuestros sucesores se escusará tambien el un quento del extraordinario.

«Cesará el manjar blanco que se dá á los mayordomos, y no se hará sino cuando se hubiere de servir á la mesa de la reina; entonces se embiarán al estado de las damas dos platos.

«A las damas no se darán meriendas de la confiteria, y del guarda-mangel se podrán llevar algunas empanadas y fruta.

«Los criados y criadas de la reina, que son ciento y cuatro mas de las que tenia la reina doña Juana mi abuela se reformarán á aquel número como fueren vacando.

«Al contraloor grañer, y despensero mayor les cesará lo que llaman fresco.

«En los oficios de boca, se escusará el dar unos á otros para almuerzo lo que se ha introducido, y se quitarán los mozas entretenidos.

«Reducidas á este punto las cosas, tendrán el estado conveniente, y mi hacienda interesará en la casa de la reina mas de ochenta mil ducados. Y así se ejecutará con mucha puntualidad. En Madrid á 7 de Febrero de 1624. Al conde de Benavente.»

Luis M. RAMIREZ y LAS CASAS-DEZA.

## LAS MUJERES BLANCAS.

TRADUCCION DE ALFONSO...

En muchas aldeas de la Cornouaille y del pais del Treguir existe una tradicion que es muy curiosa porque viene á recordarnos algunos recuerdos druidicos.

Los *discolezeros* (narradores de cuentos) suponen que algunas encorujadas de aquel pais son frecuentadas por unos graciosos fantasmas á que dan el nombre de mujeres blancas, pero cuya aparicion no es regular aunque puede conseguirse por algunos encantos, cuyos nombres varian mucho y nunca son completamente esplicados por los narradores. Estas mujeres blancas dotadas por el demonio de un gran poder llevan en la mano una rama de roble ó yerba de la cruz (yerbas) que presentan al que las encuentra ó las ha llamado: si este acepta, aquel talismano vivirá alegremente tantos años como hojas tenga la rama; pero al morir pasa en alma á ser presa del demonio.

Esta tradicion tiene un rasgo comun con la de la *lew-drez*; es en el fondo la misma creencia, aunque adornada con diferentes pormenores. No vienen á recordarnos las mujeres blancas á las druidas, vestidas de blanco y con una superioridad y autoridad milagrosa sobre

los destinos de los hombres? ¿No es esta rama de verbena y de roble un ruego marcado del culto antiguo en que estas dos plantas hacían un papel tan importante? El cristianismo no ha hecho mas que modificar los recuerdos. Las druidas estan representadas en los que tienen pacto con el diablo; la verbena y el roble son tenidos como mal talisman, y el favor que se pide á cualquiera de esas dos plantas es la causa de una eternal condenacion.



## TEATRO DE MORETO.

Tan poco conocidas como las noticias biográficas de *D. Agustín Moreto y Cabaña*, son por su mayor parte sus apreciables obras dramáticas.—De aquellas ignoramos hasta el año y lugar de su nacimiento (aunque hay motivos para creer que fué en Madrid y á principios del siglo XVII), y solo se ha creído averiguar que fué soldado, cortesano y protegido de los duques de Uceda y de Medina-Sidonia y del cardenal Moscoso, y que adelantado en edad y después de una vida agitada, abrazó el estado eclesiástico como todos ó casi todos los célebres poetas contemporáneos, Lope, Calderón, Montalvan, Tirso, Solís, etc. Con este carácter fué durante los últimos años de su vida rector del Refugio de Toledo, en cuya casa inmediata, de su propiedad, vivió y murió en 1669, y en donde se conserva hoy su retrato; siendo sepultado en la parroquia de S. Juan Bautista, á pesar de haber dispuesto en su testamento que se le diese sepultura en el *pradillo de los ahorcados*, circunstancia misteriosa que ha dado lugar á los modernos eruditos á atribuirle la muerte dada en desatino al poeta Baltasar Elisio de Medinilla.

En cuanto á su fecundo repertorio dramático (de que mas abajo damos una lista probable, entresacada de todos los índices que conocemos de nuestro antiguo teatro), solo ocho ó diez producciones son conocidas hoy del público, y ocupan con preferencia la escena; pero ellas son tales que han bastado para colocar el nombre de Moreto en el primer rango de nuestro Parnaso, y aun atendidas las dotes especiales que las constituyen, de filosofía en el argumento, unidad en la acción, verdad y fuerza cómica de los caracteres, y correcta elocucion y poesia, acaso le hicieron obtener la palma entre todos nuestros primeros dramaturgos, si por otro lado no mediase la circunstancia de que este admirable talento, tan apto y propio para dar interés y concluir una acción dramática, renunciaba frecuentemente á la originalidad de sus argumentos, y solía valerse (sin duda para mejorarlos inmensamente) de los ya tratados por otros poetas.—A pesar de este achaque (que no le perduraron y echaron frecuentemente en cara sus contemporáneos), la magia de su talento, y el encanto de su estilo hizo olvidar bien pronto con su *Desden con el desden*, la comedia de Lope *Los milagros del desprecio*, y la de Tirso *Como se curan*

el *Rico hombre de Alcalá* enterró despues de heredarle, el *Infanzon de Alcasas* del mismo Lope; *El licenciado Vidriera*, *El parecido en la Corte*, *El caballero*, *No puede ser guardar una muger*, *De fuera vendrá* y *Todo es enredos amor*, adquirieron en manos de Moreto una originalidad primitiva, una verdadera carta de naturaleza que hizo borrar completamente la idea de si alguna de estas preciosas creaciones debían su origen á otras plumas.—Sobre todo, en lo que ostentó Moreto su invencion propia, es en las comedias llamadas *de figura*, en que superó sin duda alguna á las farsas de su contemporáneo *Molero*, dotando á nuestro teatro este tipo original y altamente cómico, con su *Lindo Don Diego*, *La fuerza del natural*, *El marqués del Cigarral*, *El Licenciado Vidriera*, y otras, que ciertamente valen mas que *Le Bourgeois gentilhomme*, *Les fourberies de Scapin* y *Georges Dandin*, y cuyo género produjo mas adelante entre nosotros *El dómine Lucas de Cañazares*, *El hechizado por fuerza de Zamora*, *El doctor Carlino de Solís*, *Don Lucas del Cigarral de Rojas*, y el *Castigo de la miseria* de Hoz y Nota.

Tampoco Moreto, como Lope, logró ver impresas en coleccion sus numerosas comedias; y aunque lo fueron las mas de las que comprenden la siguiente lista, y han llegado casi todas hasta nosotros, fué en diversos puntos, incorrectas unas, mutiladas otras, y atribuidas algunas á distintos autores. Unicamente hemos visto formando coleccion de Moreto dos partes ó tomos, compuestos de piezas auténticas, la primera impresa en Madrid en 1677, y la segunda en Valencia en 1678.—Tambien se le dan, aunque no con tanta certeza, dos terceras partes ó tomos, impresos uno en Madrid en 1681 y otro en Valencia en 1705.

En la lista que hemos formado de todas las atribuidas á Moreto habrá sin duda alguna otra que esté repetida bajo diversos titulos, aunque hemos procurado evitarlo, suprimiendo, por ejemplo, el de *La viz y la sobrina* con que tambien es conocida la de *De fuera vendrá*; el de *El valiente justiciero* con que se designa el *Rico hombre*; el de *Diablo son las mugeres*, segundo titulo de *Todo es enredos amor*; el de *La fuerza del oído* que suele llevar tambien *Lo que puede la aprension*, etc.—Igualmente no respondemos de que haya algunas en que solo un acto ó dos sean de Moreto, pues se sabe que trabajaba muchas veces á medias con Cancero, Matos, Cobillo y otros; ni por último, que haya otras varias suyas que no hayan llegado á nuestra noticia, ni esten comprendidas en los índices que hemos registrado. Todo ello podrá corregirse por los eruditos para dar mayor interés á este imperfecto trabajo.

R. DE N. II.

### Comedias

#### ATRIBUIDAS A DON AGUSTÍN MORETO Y CABAÑA.

Amor y obligacion.  
 Antes morir que pecar.  
 Antioco y Seleuco.  
 Aristómenes Mesenio.  
 Azote (el) de su patria.  
 Caballero (el).  
 Caer para levantár.  
 Cautela (la) en la amistad.  
 Cena (la) del rey Baltasar.  
 Cristo (el) de los Milagros.  
 Como se vengau los nobles.  
 Condesa (la) de Belflor.  
 Confusion (la) de un jardín.  
 De fuera vendrá quien de casa nos echará.  
 Defensor (el) de su agravio.  
 Dejar su reino por otro.  
 Desden (el) con el desden.  
 Empeñar á ser amigos.  
 En el mayor imposible nadie pierde la esperanza.  
 Encas (el) de Dios, y caballero del sacramento.  
 Engaños (los) de un engaño y confusion de un papel.  
 Escarráman (burlesa).  
 Esclavo (el) de su hijo.  
 Fingida (la) Arcadia.  
 Fingir lo que puede ser.  
 Fugir y amar.  
 Fortuna (la) merecida.  
 Fuerza (la) de la ley.  
 Fuerza (la) del natural.  
 Gale (la) del nadar.  
 Gasa (el) palacio.  
 Hacer del contrario amigo.  
 Hasta el fin nadie es dichoso.  
 Hermanos (los) encontrados.



Hijo (el) de Marco Aurelio.  
 Hijo (el) obediente.  
 Industrias contra lineas.  
 Jueces (los) de Castilla.  
 La misma conciencia acusa.  
 Logo (el) del Cármen.  
 Licenciado (el) Vidriera.  
 Lo que merece un soldado.  
 Lo que puede la aprension.  
 Lindo (el) don Diego.

Marqués (el) del Cigaral.  
 Mas (los) dichosos hermanos.  
 Mas (la) verdadera copia del mejor original.  
 Nus (el) ilustre francés.  
 Mejor (el) amigo el rey.  
 Mejor (el) par de los doce.  
 Misma (la) conciencia acusa.  
 Negra (la) por el honor.  
 No puede ser guardar una muger.  
 Nuestra Señora de la Aurora.



(Habitantes de la villa de Bati.)

Ocasion (la) hace al ladrón.  
 Parecido (el) en la corte.  
 Poder (el) de la amistad.  
 Premio (el) en la misma pena.  
 Primero es la honra.  
 Rica (la) hembra de Galicia.  
 Rico (el) hombre de Alcalá.  
 Rosario (el) perseguido.  
 San Alejo.  
 San Casimiro.

San Franco de Sena.  
 San Luis Beltran.  
 San Pio quinto.  
 Santa Rosa del Perú.  
 Satisfacer callando.  
 Secreto (el) entre dos amigos.  
 Siete (los) durmientes.  
 Sin honra no hay valentia.  
 Todo es enredos amor.  
 Trampa adelante.

Travesuras (las) de Pantoja.  
Travesuras (las) del Cid, (burlesca.)  
Travesuras son valor.  
Traición (la) vengada.  
Yo por vos y vos por otro.

SAINETES Y ENTREMESSES.

La campanilla.  
El hijo del vecino.  
Mariquita.  
El retrato vivo.  
El rey don Rodrigo y la Cava.  
El rico y el pobre.  
Los sacristanes burlados.

Habitantes de la villa de Batz.

La villa de Batz, situada en el departamento del Loira inferior, es la capital de los cantones de Salans; todos sus habitantes se dedican á la fabricación, transporte y venta de la sal, su único ramo de comercio.

Los trages de estos descendientes de los sajones son raros en extremo; visten los hombres unos calzones cortos, anchos y plegados, y una porcion de chalecos de diferentes tamaños, y puestos de manera que cada uno permita ver la orilla del que esté debajo, y que es de diferente color; á esto añaden en los días de fiesta una camisa con falona, un sombrero á la española y una capa parda ó negra.

Las mugeres velan sus largas trenzas con una cofia estrecha y plegada, cuyas puntas atadas bajo la barba botan sobre los hombros ó caen sobre el pecho; un cordón liso separa y sujeta los cabellos sobre la frente; un corpiño que les llega hasta la barba, cerrándolas enteramente el pecho, se ajusta con una cinta bordada de oro, ó con unos galones cruzados de parte á parte varias veces; las mangas por lo regular son anchas y de color de violeta ó encarnadas; la cintura está ceñida por un ceñidor de lres ó cuatro dedos de ancho, y bordado tambien con ramos de oro ó de plata; un collar de encajes, una pañolota con pliegues y unas medias encarnadas con bordados de color, completan estos lindos trages.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO VII.

La Mujer.

¡Juguete es el hombre casi siempre de los objetos que le rodean, y juguete tambien de las quimeras que se forja su fantasía. Y es gran lástima que todo un hombre, rey de la creación, sea juguete; y es loo tambien que sea juguete, porque un juguete de cinco pies y algunas pulgadas es un juguete demasiado grande para aplicado á ciertos juegos. ¡Mas cómo ha de ser! es el mundo un gran tablero de ajedrez, en el cual el hombre figura de rey, reina, torre, artil, caballo ó simple peon, según se colocan las piezas. Pero dejando el ajedrez, por mas entretenido que sea, tiempo es de ocuparnos de Luis.

Luis se había engañado interrumpiendo su pensamiento al ruido de una falda de seda. Luis había imaginado que abriéndose de par en par la mampara, iba á aparecer Magdalena acompañada de su madre; pero contra su halagüeña esperanza, apareció sola doña Micaela, querida esposa de don Blas. Esta señora se conservaba medianamente, á pesar de sus cuarenta años, y venía vestida con ese lujo provincial que se parece mucho á un altarito de *crus de Mayo*. Inútil es decir que Luis se levantó, aunque contrariado, haciendo alarde de su cortesana figura; y que D. Blas procedió al momento á la doble presentación que la entrevista reclamaba.

—Tengo mucho gusto en conocer á este caballero; dijo mi señora doña Micaela, dirigiéndose á Meneses, que solo deseaba saber por qué no había venido Magdalena; pero que se inclinó con tanto respeto como un devoto ante la imagen de su devoción.

—¿Por qué no ha venido la niña? preguntó don Blas á su esposa.

Esta pregunta pareció tan oportuna á Luis, que estuvo á punto de abrazar á su futuro suegro, y quizás hubiera tenido la imprudencia de efectuarlo, si al levantarse no se hubiera enredado el faldon del frac en un pelo roto de la silla. Esta detencion le hizo reflexionar, y se contentó con escuchar atentamente.

—Su amiga Sofía, repuso doña Micaela, se ha empeñado en que coma con ella, y como tú sabes que se quieren tanta desde el colegio, no he querido privarlas de esta satisfacción.

—Has hecho bien; ¿pero á qué hora debo ir á buscarla? preguntó don Blas.

La traerán, despues que se concluya el teatro.

De buena gana hubiera Luis estrangulado á la amiguete que se atravesaba en su camino; pero como no la tenía á mano, creyó que lo mas prudente era aprovechar el tiempo captándose al afecto de los papás. Para conseguirlo, procuró adivinar los pensamientos de doña Micaela y su esposo, decirlos palabras agradables, no contradecirlos en lo mas mínimo; de modo que si, por una rara casualidad, en aquel momento hubiera surtido una diferencia cualquiera entre los esposos, la posición de Luis hubiera sido desesperada, sin saber, ni querer, á quien debía adjudicar la manzana.

Iba á despedirse Meneses, despues de haber consagrado una hora á sus futuros suegros, cuando haciendo doña Micaela ese mohín que indica haberse olvidado de alguna cosa muy importante, dijo á su marido:

—He olvidado darte una noticia que debe agradarte muchísimo.

—Pues si no tienes inconveniente, aprovécha la ocasion; repuso don Blas.

—Tal vez mi presencia... murmuró Luis, haciendo ademán de levantarse.

—Puede V. saberla, caballero; repuso doña Micaela, instándole á que se sentara.

—Pues apésuntate á decirlo, porque francamente, has picado mi curiosidad; observó don Blas, evitando nuevos cumplidos á Meneses.

—Pues prepárate para disfrutar mañana temprano de tu diversion favorita.

—¿Tienes preparada una *graf* exclamó don Blas alborozado.

—Lo has adivinado, amigo mio. Mañana pasaremos el día en una casita de campo.

—¿Cuánto te agradezco la sorpresa, y cuánto el recuerdo...!

—Amigo mio, debes guardar la gratitud para otra persona.

—¿Para mí hija?

—No; debes guardarla para la amiga de tu hija.

—¿Sofía nos prepara un día de campo?

—Sofía, que es sumamente amable, quiere obsequiar mañana á su compañera de colegio, dándole una gira en su casa de campo distante una legua de la ciudad.

—¿Y quienes seremos de la partida? insistió don Blas.

—Sofía y su familia; algunas amigas y amigos; nosotros, y este caballero si tiene á bien acompañarnos.

—Señora, tartamudeó Luis porque se tartamudea cuando se quiere rehusar lo queardientemente se desea; yo recibia un grandísimo honor acompañando á ustedes; pero como no tengo relaciones con la señorita Sofía, temeria abusar presentándome, y....

—No busque V. nuevas excusas; interrumpió don Blas, que en tratándose de su diversion favorita era el hombre mas expansivo y obsequioso de las cinco partes del mundo; pues yo tengo bastante confianza para presentarlo á V. y á diez mas que fuera necesario.

—Si V. cree que no será impertinente, lactamudeó Luis otra vez.

—No hay impertinencia que valga; mañana á la hora de merienda llamamos á V. y nos vamos juntos. A propósito: ¿qué número ocupa V.?

—El número 8 de este mismo piso.

—Está muy bien. Que no se duerma V. mañana.

—Descuide V., señor don Blas; no me esperarán ustedes ni un momento.

Luis creyó que había llegado el momento crítico de terminar su larga visita, y se despidió, no escaseando ni saludos ni ofrecimientos. Don Blas le acompañó hasta el corredor, y doña Micaela no estuvo menos amable que su esposo.

Cuando el matrimonio quedó solo, la mitad bella dió rienda suelta á la femeníl curiosidad, y preguntó al consorte, no dejándole ni el tiempo de sentarse:

—Blas, ¿quién es este joven, á quien veo por primera vez en mi vida?

—Un caballero de Madrid, que se llama don Luis de Meneses; repuso el esposo al instante.

—¿Y qué es ese caballero? insistió doña Micaela, que no se contentaba con un nombre y un apellido.

—Un jóvan que vive de sus rentas; contestó don Blas, no queriendo manifestar que no sabia lo que su muger creia necesario preguntarle.

—¿En dónde y cuándo viste á ese sujeto por primera vez?

Don Blas no se atrevió á echar una mentira directa, y que podia descubrirse muy fácilmente, y repuso, bajando los ojos, como arrepentido de la altivez que había manifestado antes:

—Hoy, y aquí, querida Micaela.

—¿Y cómo habeis hecho relaciones?

—Supo don Luis que vivia en su misma fonda una familia española, y creyó justo visitarla.

—¿Son esos los motivos que te ha dado?  
—Ni mas ni menos.  
—¿Y tú no has sospechado nada?  
—De quien, de don Luis? ¿crees por ventura que es un intrigante?  
—No digo tal.  
—¿Pues entonces por qué preguntas si he sospechado ó no?  
—Te digo, Blas, que eres un loco: añadió doña Micaela, guiñando el ojo.  
—Pues explícate tú qué eres un lince: repuso don Blas amostazado.  
—Ese jéruen, don Luis de Meneses, está enamorado.  
—¿De quién?  
—De nuestra hija.  
—¿Quién te lo ha dicho?  
—Nadie; pero yo que soy muy lince, lo he adivinado.  
—¿Pero de qué lo infieres?  
—Del afán con que ha buscado nuestras relaciones.  
—Bien puede ser: y ahora recuerdo...  
—¿Tienes algun dato?  
—Mas de uno.  
—Pues dímelo.  
—Me ha hablado con mucho fervor del matrimonio.  
—Pues ya ves; hablar á un padre de familia con mucho fervor del matrimonio es poco menos que pedirle la mano de su hija.  
—Tienes razon. Pero hay mas.  
—Cuenta.  
—Cuando entramos en conversacion, le pregunté que hacia donde se dirigia: me respondió que no tenia marcada ruta en su viaje; pero al momento que le hablé del nuestro á Biarritz, manifestó grande entusiasmo por los baños, y se decidió á acurrucarnos.  
—¿Y no habías sospechado nada? ¿Cuándo digo que eres un topo!  
—No lo adiviné; la confieso. Tú has tenido mejor alfiler.  
—Ahora dime, Blas: ¿Te parece que nos convendrá para jerno?  
—Es un jóven fino, muy amable, no mala figura...  
—¿Pero tú crees que es hombre de buena fortuna: un tanto rico?  
—¿Quién lo duda? Un hombre que viaja por puro placer y pasatiempo...

—Reflexiona, Blas, que muchos jóvenes poetas, pintores, ó cosa semejante, salen de la corte los versos, y particularmente los primeros suelen no tener mas fortuna que los diez ó doce mil reales que invierten de acá para allá.

—¿Pero, Micaela, te parece que don Luis de Meneses tiene cara de poeta?

—Creo que no: pero sin embargo no estará de mas tomar informes.

—¿Te parece que escriba mañana á un amigo mio de Madrid, preguntándole quien es don Luis?

—Mejor será que lo hagas ahora mismo, porque mañana vendrás cansado.

—Tienes muchísima razon; y conviene saberlo pronto, no se ennegriche la muchacha.

Don Blas coje papel y pluma, y doña Micaela se consagró á elegir los lazos que debía llevar á la gira.

## CAPÍTULO VIII.

### El Teatro.

Francisco estaba acostumbrado á ser el agente secreto de las intrigas de su amo, y se consumía de impaciencia por saber lo que estaba pasando en la habitación de D. Blas. Creía, y no le faltaba razon, que habia perdido sus funciones por haberse trasladado á Francia, cuyo idioma no conocia; y renegaba de los franceses, recordando todas las reyertas que con ellos habian tenido desde Carlo-Magno á Napoleón, desde la irrupcion de Roncesvalles hasta la de los cien mil hijos de San Luis. Esta erudición, inspirada por tan justo resentimiento, era absolutamente inútil; pues Francisco no habia perdido sus mejores años estudiando crónicas y anales, porque una gitana le pro dijo que llegaría á ser con el tiempo real académico de la Academia de la Historia.

Como la visita de Luis fué bastante larga, Francisco tuvo tiempo para renegar de los franceses, y para limpiar toda la ropa antes que volviera su amo: este se presentó radiante, y como no habia podido abrazar á su futuro suegro, abrazó á Francisco hasta el punto de sofocarlo.

—¿Qué hay, señor? preguntó el criado, pardomando el fuerte apretón en gracia del honor recibido.

—Soy el más feliz de los hombres! exclamó Luis alborozado.

—¿Ha visto V. á la señorita Magdalena? insistió el criado.

—No la he visto; pero la verá siempre que quiera, de día, de noche, ó todas horas.

—¿Se ha casado V., señorito? preguntó Francisco sollozando.

—¿Por qué me haces esa pregunta, majadero? repuso Luis con estrañeza.

—Como dice V. que verá á la señorita Magdalena de día, de noche, á todas horas; y eso de ver de noche...

—¡Imbecil! He dicho que la verá á todas horas, en primer lugar, porque soy íntimo amigo de sus padres, y en segundo, porque vamos á viajar juntos, y á vivir juntos en Biarritz.

—Eso es otra cosa, señorito. Creí que se habia V. casado ya, y me dió una lástima...

—Pues si no te ha dado, que te dé; porque lo que yo mas deseo es casarme con Magdalena.

—Bueno decía yo, señor, cuando decía que habia V. visto á esa señorita en mala hora.

—¿Callarás, Francisco?

—Como un muerto.

—Mira, mañana quiero levantarme á las cuatro.

—¿Se casa V. de madrugada?

—¿Te has vuelto loco?

—Puede ser.

—Mañana muy temprano voy á una gira con Magdalena y su familia.

—¿Y yo voy tambien?

—No.

—Pues voy á pasar un dia entretenido.

—¿Cómo ha de ser!

—¿Y dígame V., señorito, tiene capilla la casa de campo?...

Luis aplicó la punta del pie á su criado, cortándole así la pregunta; Francisco dió un salto, pero no desplegó sus labios ni lanzó un gemido; Meneses sintió, como siempre, haber empleado las vias de hecho; pero, como siempre tambien, hizo punto final y pasó á tratar de otro asunto.

—Mira, Francisco, esta noche vienes conmigo al teatro: ya he mandado á un mozo de la fonda que nos traiga billetes.

Francisco habia olvidado el puntapié; pero sintió mucho que su amo le cercenara sus funciones, y mucho mas amostazado que cuando recibió la correccion, murmuró:

—Yo he buscado siempre los billetes, y nunca le han faltado á V., como que conozco por sus nombres á todos los revendedores, y el Cojo, y el Andalucillo, y el...

—Pero hombre, por Dios! ¿Olvidas que estamos en Francia?

—Es verdad; murmuró Francisco; y añadió entre dientes: ¡Maldito país! no puedo entendérmelas en él ni con los vendedores de billetes.

Luis, que habia estado paseándose durante el diálogo anterior, se acordó del consejo del sábio, y se recostó en un sofá: momentos despues le trajo el mozo de la fonda dos butacas de terciera fila. Meneses pidió la comida, se la sirvieron en su cuarto; despues de comer se vistió con el mayor esmero, y acompañado de Francisco tomó el camino del teatro.

Entraron en el saliseo momentos antes de empezar la representacion, y naturalmente la encontraron lleno de gente; sin embargo, ocuparon sus localidades, aunque no sin algunos obstáculos, y se levantó la cortina. Francisco estaba loco de contento: la sala no tenia nada de notable; y cuanto mas la examinaba, tanto mas se alegraba de poderla comparar con otras que habia visto en España, sin que sufriendo su patriotismo ni la mas ligera humillacion. Luis conocia perfectamente cuanto su criado examinaba, y por lo tanto, sin cuidarse del ornato ni arquitectura, solo pensaba en Magdalena. La buscaba por todas partes, como un piloto en la borrasca á la estrella que ha de ser su guia; pero Magdalena no aparecia, como no fulgura la estrella tras las nubes tempestuosas. ¿En dónde estará? se preguntaba, como si pudiera responderse lo que tanto ansiaba saber. ¿Si no habrá venido? añadia; y se consolaba mirando algun palco desocupado. ¿Si no vendrá? pensaba alguna vez; y se consumía de impaciencia. Pocas personas saben esperar sin aburrirse; los amantes prefieren no tener ni la mas remota esperanza á que se prolongue la que halagan.

—Mira, Francisco, dijo Luis inclinándose hácia su criado, descúbreme á la señorita Magdalena.

—¿Hacia donde debo mirar? preguntó Francisco.

—Hacia los palcos, repuso Luis, mirando él con mas ansiedad.

Francisco miró hácia los lados; y como tenia que incomodarse mucho para recorrer el semicírculo, se puso de pié, dando la espalda al escenario. El caballero que se encontraba á espaldas de Francisco, cuando este las daba al público, no quedó muy gustoso de un cambio que le impedía ver la funcion, y dirigió la palabra al criado, rogándole que ocupara su puesto. Hablar á Francisco en francés era lo mismo que no hablarle, y como no habia estado muy bien los palcos opuestos á la escena, continuó de pié, sin hacer caso de la indicacion del caballero. Este pasó de las palabras á los hechos, y tiró á Francisco fuertemente del brazo. Francisco entendia como el que mas el lenguaje universal de los signos, pero no permitía que nadie le tocara el pelo



de la ropa, á no ser su amo; á frito de que un francés estuviera en comunicación con las mangas de su levita, cogió el cuello de la de su adversario, y sin la instantánea intervención de Luis, hubiera tenido la policía que tomar cartas en el negocio.

Se sentó Francisco echando pestes contra los franceses, y no muy satisfecho de su amo, que le había impedido llevar las vias de hecho mas lejos; y no teniendo otra cosa que hacer, se dedicó á ver el espectáculo. Representaban casualmente la obra inmortal de un grande hombre, Fxona, pero Francisco solo oía la monótona canturía con que los actores franceses declaman siempre la tragedia, y encontraba mas exajerada la mímica no sabiendo su explicacion. Cansado de oír y de ver, sin comprender una palabra, ni poder explicarse un gesto, tiró á Meneses de la manga, y le dijo:

—¿Están locos todos esos cómicos, ó qué tienen que yo no los entiendo una palabra?

—Los actores franceses declaman así la tragedia; y en esta trabajo entenderlos, aun hablando bien el francés: le respondió Luis, que no estaba mas gustoso que su criado.

—¿Segun eso yo no entenderé ni una palabra?

—Ni una.

—Diga V., señor, ¿los cómicos franceses que quieren llevar á Madrid, representarán como estos?

—Ni mas ni menos.

—¿Y representarán en francés?

—Está claro.

—¿Y entonces qué gusto vamos á sacar los españoles de oír lo que no entendemos?

—Pregúntaselo á los que tienen el próyecto.

—Puede con mi dinero no comerán los señores cómicos franceses.

—Ni con el de nadie.

—Pues si dicen que van á llevarlos este invierno!

—Lo mismo dijeron el pasado y el anterior; pero *del dicho al hecho hay gran trecho*.

Concluyó el primer acto; Luis se levantó para ver si conseguía descubrir á la encantadora Magdalena; pero fueron vanos sus esfuerzos, y solo le queda la esperanza de verla aparecer en un palco de la derecha del proscenio, único que quedaba vacío. Se levantó por segunda vez la cortina: los espectadores estaban fijos en la escena, Luis en el palco desocupado, Francisco dormía profundamente. De improviso se estremeció Meneses, como si acabara de sentir el contacto de una culebra; acababan de abrir la puerta del palco de sus esperanzas. Entró primero una señora de cuarenta y cinco á cincuenta años; tras ella una jóven que podría tener veinte y cinco, lijeramente corecovada, de facciones mal proporcionadas, y de una palidez verdosa, que parecia indicio de una atraída enfermedad. A esta jóven siguió otra jóven, que parecía de menos años, aunque quizás tenia los mismos, bastante linda, pero con una belleza enteramente parisiense. A esta jóven siguió un caballero de sesenta años, que llevaba en el ojal del frac la rosa de la legion de honor. Tras este último personaje se cerró la puerta; Luis ahogó un suspiro y se llevó las manos á los ojos, como queriendo retener su desvanecida esperanza.

Pasados algunos momentos, alzó Meneses la cabeza, y tuvo el valor necesario para fijar de nuevo sus miradas en el palco, que lo había engañado tan cruelmente. ¡Cuánto odio sintió hacia las personas que lo ocupaban! Llamó á la señora una Quimera, á la jóven pálida una Harpia, al caballero un Hipopótamo, y á la graciosa parisiense, no encontrando mote que ponerla, la llamó fea, que es el mas horrible de los motes.

Victima de su mal humor, se incomodaba Luis por toda. Le fastidiaban los actores, le atordian los aplausos, y hasta el pacífico sueño de Francisco, que por primera vez en su vida dormía sin roncar, le fatigaba. Como no podía aniquilar á los primeros, ni suprimir los segundos, se contentó con ocuparse del tercero, único que estaba á su alcance.

—Despierta, Francisco, y levántate: le dijo, parodiando un dicho de san Pedro.

—¿No vamos ya? murmuró Francisco, levantándose atolondrado.

—Sí; repuso Luis secamente; y echó á andar delante del criado. Francisco, aunque no dormía mal en la butaca, pensó que le haría mejor en el lecho, y siguió á Meneses muy contento.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

## A la señorita doña Carolina Coronado.

Al verde pié de la Nevada Sierra  
Allí nace el Inauro,  
Oro sembrando en la encantada tierra,  
Coronada la sien de fresco lauro:  
Cruza veloz por la imperial Granada,  
Hallá al Xenil, le abraza como hermano,  
Y en busca van del Bótil soberano.  
En tanto el sacro rio  
El régio alcázar plácido refleja,  
A la sombra de palmas y laureles  
Que pueblan los vergeles;  
Y sintiendo en su espalda el peso grave  
De la opulenta nave,  
Ensancha su corriente  
Y hunde en el mar la entumecida frente.  
Humilde Guadiana  
Bajo la tierra tumbdo se oculta,  
Y cual temiendo su enemiga suerte,  
De la Mancha en los campos se sepulta;  
Mas nuevo aliento recobrando en breve,  
El estrecho suelo fértil riega;  
Y cediendo al impulso que le mueve,  
Hasta llegar al Puato no sosiega,  
De laurel una rama flotar veo  
Sobre su clara lufa,  
Que el mismo dios Apolo  
Ciñó á la sien de encantadora Ninfa;  
En tanto que las Musas soberanas,  
Al escuchar la célica armonía,  
Su nombre llevan desde polo á polo  
Y el coro ensanchan de las nueve Hermanas.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

## PARALELO

### ENTRE LOS COMPLIMENTOS Y LAS PALABRAS DE BUENA CRIANZA.

Estábamos en el comienzo del año de mil ochocientos cuarenta y cuatro, y serian como las siete de una muy fria madrugada, cuando me despertó un furioso sacudimiento de la campanilla ética que servia de llamador en mi cuarto de la calle de la Cruz. — En teniendo casa propia, dije entre sueños, haré quitar de noche la campanilla y señalaré sobresueldo al portero para que me libre de importunos. — Dije, y di un vuelco para conciliar de nuevo el sueño. ¿Que si quieres?... Seguí el repique, y siguió mas de tres credos acompañado del rechinar de muelle de acero que comenzaba á destrozarse. Todo en vano: mi regañón huésped, su macilenta hija, el gallego y la criada dormian como los siete famosos, y campanilear en aquellas horas era predicar en desierto. Impacientóse el de afuera y acompañó los agudísimos acentos del esquilón con seudos golpes de baston. La constancia de aquel hombre me interesó, y perdonándole su tenacidad en despertarme, hicele súbito coro con el llamador de mi alcoba y con voces cuya entonación llegó hasta el punto mas alto que mis pulmones calzan. Conoció el ymiénte la importancia del refuerzo, y redobló tanto el acompañamiento de ariete, que me temí verle entrar por la brecha.

— Van: gritó al fin la zaragocana con el modo mas indigno que hallar pudo en su desvergonzado vocabulario.

Se hizo esperar largo rato, y al cabo de él se presentó ante mi amarilla y descompuesta como una escarola.

— Que llaman, le dije, sin querer verla ni oirla.

Ya renovaba el fuego el forestero, y acudió atribulada á la rejilla temiendo por la puerta y por el tabique.

— Oiga V.; esta no es hora de venir á ninguna casa decente, ni esos son modos de llamer.

— Perdona V., señora, y buenos dias le dá Dios; pero hace hora y media que comencé á llamar con moderacion: abra V., que es gente de paz.

— ¿Pero quién es V. y qué busca á estas horas?

— Quiero ver á mi paisano, que anoche me dijeron que paraba aqui.

— Bien podía haberle abierto á V. don José... esta casa es un reñeno... dígame V. su nombre.

—Antonio Boensño es mi gratis para servir á Dios y á V.

—Albre cordón, Pílar, a grilá.

Pocos momentos después con las chinelas sueltas, en ropas que me mencionó, era la tía del llamado al brazo estrechaba yo respetuosamente á don Antonio Boensño y Fernandez.

Mientras con permiso de mi paisano me visto y aderezó, voy á hacerte, lector carísimo, el retrato del madrugador reciénvenido: es un tipo que se va perdiendo y cuya figura es útil conservar para honra de nuestros mayores y vergüenza nuestra.

Rayaba en los cincuenta años; alto, esbuto, brioso, bien proporcionado, bigoteño de color y los cabellos casi plateados, el rostro sano y libre de esas trazas ridículas que llamamos patilla, perilla ó bigote, grande la boca, aguileña la nariz, lo cual daba á su rostro cierta severidad que suavizaba la expresión franca y tranquila de sus ojos y su espaciosa y serena frente no arrugada por los sinsabores de una vida horrascosa.

Don Antonio era de un pueblo agrícola, cuyo nombre no es del caso: allí había pasado toda su vida, allí había construido una capilla para que reposasen sus cenizas, y plantado doce mil olivos para que sus hijos recogiesen el fruto; clavo de luces, instruido sin maestros, religioso, recto, pero con la independencia del hombre que ha amasado su fortuna con el sudor de su frente, era un hombre honrado según la verdadera significación de esta frase. Amigo antiguo y leal de mi padre, consejero obligado en nuestros faenas de labor, con el granero y las dehesas abiertas para toda urgencia, dispuesta siempre su casa para hospedarme en ferias y travesías, elector, y elector influente, inútil es decir que merecía ser obsequiado.

Así fué: despachados sus asuntos, pues solo por asuntos urgentes hubiera él dejado casa y hacienda, le acompañé á visitar todo lo que los madrileños llaman notable, y por cierto que de tan penosa tarea quedé sobradamente recompensado. Don Antonio Boensño era la personificación del sentido común, y no puedes suponer, leyendo amigo, cuántas observaciones nunca oídas hizo sobre la *carie de locos* como él decía. Ajeno á nuestras pasiones, á nuestros sueños, á nuestras preocupaciones artísticas y científicas, creyente y hombre de bien, me abrumaba con sus preguntas y más con sus respuestas. Algun día te doctaniza todas, y creo que serán de provechosa lectura; por hoy quiero decir solamente un paralelo que hizo entre los cumplimientos que usamos en Madrid en la buena sociedad, y las palabras de buena crianza como se llaman en su pueblo las fórmulas del trato cotidiano de las gentes.

—Se encuentran dos entecos, decía, de estos que parecen gato escaldado.—¿Cómo va?—Bien: gracias.—Gracias: y Luisa?—A los pies de V.: gracias.—Adios y una cortesía).

—¿Dime tú qué es lo que esta algarabía quiere decir? ¿Quién va, ni quien viene? ¿O he olvidado yo la gramática que aprendí en la escuela? El ir á venir, qué lleva que ver con el estado de la salud física y moralmente que es lo que se desea saber? ¿Pues dónde me dejas la familiaridad con que nombran á la mujer ajena, si quiere sea una orhentona y la sandia contestación de ¡gracias! y á los pies de V.!—Nosotros allá que no gastamos cumplimientos, decíamos.—¿Esta V. bueno?—Si señor, estoy para servir á V.—¿Y la respuesta?—Buena gracias á Dios.—Esto es castizo, es expresivo, y lleva el sello de la religión que nos enseñaron nuestros padres: tú no le das importancia como un se la damos á la *salve* que es una oración llena de ternura, por decirlo diariamente.

—Don Antonio, le contesté, eso queremos decir por aquí; pero los ingleses que es gente muy ocupada han sincopado las frases y...

—Boens será allí la razón, si puede haber alguna para informarme de prisa del estado de un amigo; pero si aquí no haces nada! ¡Si la indole de nuestra indole no permite esas sincopes!—Mucho me temo de que se quede la pobreclta sin vida con muchas sincopes de esas!—Y lo peor es que vais perdiendo los sentimientos.

«Llega un pobre y le contestas.—No llevo: ¡qué fastidio!—Vaya usted á San Bernardino! ¿Qué política!—En mi lugar, al desvalido se lo dice al menos con buen modo.—Bismarck, perdona V. por Dios! Se muere el padre, el hermano y decís.—Le doy á V. el pésame.—Allí hay palabras de consuelo y de religiosa conformidad.—Acompaña á V. en su justo sentimiento.—Dios te dé á V. salud para encomendarle á Dios.—Una madre os enseña su hijo con esa dulce satisfacción tan pura y tan natural y quedáis muy satisfechos murmurando.—¿Qué bonito!—Entre nosotros, gente sin educación, se añade.—Dios le bendiga al señor la libre de mall.—Vosotros los cultos y civilizados cruzáis un camino solitario, tirando de miedo y de frío, y no tenéis una palabra en vuestro repertorio ridículo para saludar al pobre trágico! ni quita tal vez dentro de una hora vais á debar hacienda y vida: él por lo contrario haciendo respetuosamente su sombrero dice.—Dios guarde á la buena compañía.—Quedan VV. con Dios, caballeros.

Llega la noche, y al encenderse las luces sentimos todos alegría en el alma: nosotros decimos.—Alabado sea el Santísimo Sacramento del

altar.—¡Buenas noches, caballeros!—Y todos contestan.—Por siempre sea alabado y bendito! buenas noches sea de Dios.—Pero me olvidó de que vosotros sois tan sabios que no creéis en la religión católica, apostólica, romana; la religión, todo lo más, es una presunción buena para moralizar á las masas ¡já! ¡já! ¡já!—Vosotros sois filósofos y por eso ejercéis la virtud; no es más sino que los rituales entre vosotros son los que entienden de música, y para nosotros son los que aman á Dios y á sus semejantes como á sí mismos.

—A tal altura eleva V. la cuestión que no puedo contestar.

—Y con decir estas verdades amargas me olvidaba de lo más ridículo, de vuestros cumplimientos para ofrecer la comida.—¿V. gusta?—Gracias.—¿Es este otro sincope? ¿Qué es lo que voy á gustar? y aunque guste, es decir aunque tenga disposición para saborear la comida (que es lo que parece que significa vuestro cumplimiento) gustar es ofrecer? Así es que ponéis é una en el despenadero de contestar que carece de gusto y que por ello no se sienta á la mesa.—Pues y el gracias? ¿Quién las hace? ¿Quién las tiene?—En la tierra habrás oído estas expresivas palabras.—Venga V. á comer.—Dios salud sirva.—Que aprovecha....»

Aquí llegábamos de la conversación, cuando fué preciso separarnos, y en verdad que estuve largo rato pensando cuán ciertas eran las observaciones de mi paisano. Las graves saluciones de nuestros padres se van trocando en frases insulsa que escarnecen el idioma y que revelan nuestra falsa cultura, nuestra miserable incredulidad. Esto no quito para que dijese al Adios-bien-gracias al primer amigo con quien tropecé. Tan cierto es aquello de

Vide meliora proboque, deteriora sequor.

J. JIMENEZ-SERRANO

Aforismos.

(Véase el SOMBRERO de 4 de mayo.)

ANTE DE LA VIDA.—EL HOMBRE INFERIOR.

I.

Si te haces gloton, la cosa en si no es mala, llenas tu naturaleza, desarrollas tus fuerzas digestivas, te procuras un placer que aumenta de grado en grado; hasta puedes hacerte un Poder gastronómico, y fundar en ello en casos dados una gloria relativa y un arte. Pero tú eres limitado, eres la limitación misma; solo sostienes por igual tu Hombre (la idea humana que realizas con libertad en el tiempo) á fuerza de relaciones y de condiciones; la comida para la salud, la salud para la actividad, la actividad para la inteligencia y la Habilidad; la Inteligencia para la Humanidad. Si haces asiento en alguno de estos dice olvidando la Relación, serás el Hombre de aquel solo fin, mientras lo fueres; por ejemplo, serás el Hombre del Vientre, pero tratanto no serás el Hombre del Corazón ni el Hombre de la Cabeza, mucho menos el Hombre relativo al el Hombre humano. Todos estos Hombrés perderán tanto cuanto crezca el que tú favoreces en ti (tu Pañon). Con el tiempo se hará un Hombre fuerte, que volverá á ti aunque tú no lo llames, te perseguirá aunque tú huyas de él (como en el Espacio le persigue un enemigo con el puñal levantado)... ¡Ahora que lo puedes contemplar de lejos, elige de una vez, y habiendo elegido no mires atrás en tu camino!

II.

Lo mismo digo si eliges un hombre ideal abandonando la Relación; el resultado será el mismo, aunque de aspecto contrario. ¿Qué mejor hombre en particular que el Místico? Sin embargo, desde que olvidó el Hombre relativo, contemplado como anima trista, desbrido, buscando la soledad, socialmente inútil, deseando dejar la vida y atestigando el pecado habitual en que vive desde que pretende igualarse en lo absoluto á Dios, creando un Despotismo moral dentro de sí y á su alrededor. Este Hombre no quiere reconocer que dejó de Dios y en el mundo vivino el Hombre es Hombre relativo y condicional tanto como es propio, y solo mediante el primero sostiene el segundo su propiedad y su libertad.

11 de Julio.

JULIAN SANZ DEL RÍO.